

Herman Melville

La blancura de la ballena

Tras haberme referido a lo que la ballena blanca representaba para Achab, sólo queda por decir lo que al mismo tiempo era para mí.

Sin hablar de lo que salta a la vista a propósito de Moby Dick, lo cual puede hacer que nazca el espanto en el alma de cualquier hombre, existía también otra imagen, o mejor dicho, otra terrible idea sobre ella, indescriptible desde luego. A veces sobrepasaba por su intensidad a todos los demás aspectos: se trataba de algo místico e inefable que desconcertaba el entendimiento.

Sobre todo, lo que me aterraba más a mí era la blancura de la ballena.

Pero, aunque haya hecho alusión a ello de una manera vaga con anterioridad, ¿cómo explicarme sobre este particular con una mínima minuciosidad?

Es sabido que la blancura, por su pureza, realza la belleza de muchas cosas naturales: mármoles, lacas, perlas..., y todos sabemos también que muchas naciones han dado cierta preeminencia real a este color sobre todos los demás. Los viejos y grandes reyes bárbaros de Pegu se definían como "señores de los elefantes blancos". Y los modestos reyes de Siam ostentan en su regio estandarte el mismo blanco cuadrúpedo. La bandera de Hannover también lleva la imagen de un caballo blanco como la nieve. Y el gran imperio cesáreo de Austria, heredero de la liranía romana, ha tomado asimismo este color como símbolo de su poder imperial.

Pero esta distinción cromática se aplica también a la raza humana. Como se sabe, el hombre blanco es tenido como el señor ideal por los pueblos negros.

De hecho, lo cierto es que la blancura ha sido considerada siempre como símbolo de algo positivo, aunque haya sido tan sólo de la alegría. Por ejemplo en Roma, una piedra blanca señalaba una jornada feliz. Entre otros atributos, dicho color constituye asimismo el emblema de muchas cosas conmovedoras y nobles, tales como la inocencia de una novia o la benevolencia de la ancianidad. Entre los pieles rojas de América, el obsequio de un cinturón blanco era la más preciada prenda de honor. Y en numerosos países, blancura es sinónimo de majestad y de justicia, como lo hace deducir el armiño que lleva el juez, contribuyendo diariamente a la pompa de los reyes y de las reinas cuyas carrozas son arrastradas por caballos tan blancos como la leche.

Por otra parte, en los más sagrados misterios de las más augustas religiosas, la blancura es el símbolo de la pureza del poder divino. Entre los persas adoradores del fuego, la llama blanca era considerada en el altar como la más sagrada. En la mitología griega, Júpiter, padre de los dioses



y de los hombres, se encarna bajo la forma de un toro blanco como la nieve. Entre los nobles iroqueses, el sacrificio invernal del perro blanco sagrado era la fiesta más celebrada de toda su mitología; la entrega de esta criatura inmaculada y fiel se consideraba como la ofrenda más pura que podía hacerse al Gran Espíritu, junto con la confesión anual de fidelidad por parte de cada uno de los fieles. Otro hecho a constatar es el de que derive de la palabra que en latín significa blanco el nombre de los vestidos sagrados que los sacerdotes cristianos llevan sobre sus capas, como el alba y otros.

En los fastos sagrados de la Iglesia romana, el blanco sirve especialmente para el oficio de la Pasión de Nuestro Señor. En la visión de Juan, los que se salvan llevan vestidos blancos. Y los ochenta ancianos vestidos de tal color nos son presentados de pie ante el gran trono blanco en que se sienta el Todopoderoso, blanco también como la lana.

Sin embargo, esta acumulación de todo lo que es bueno, honorable o sublime, no se contradice con una especie de misterioso temor que se esconde en la idea que suele formarse de este color, algo que sobrecoge el alma como un pánico horroroso mucho más que el rojo dramático de la sangre.

Este algo intangible, disociado de las demás cualidades benévolas y dulces, pero unido a cualquier objeto susceptible de inspirar terror, agrava esta impresión y la lleva hasta sus límites más extremos. Por ejemplo, tomemos el oso blanco del polo y el tiburón blanco de los trópicos: ¿qué otra cosa les hace más terribles a la vista que su blancura lisa y abullonada? Esta blancura abominable hace más repugnante que terrorífico su aspecto mudo y devorador, hasta el punto que ni la vista del tigre, con sus feroces medios de defensa y su pelaje heráldico, es capaz de sobrecoger el ánimo como lo hace un oso blanco o un tiburón.

Pensad en el albatros. ¿De dónde provienen las nubes de maravilla espiritual y de pálido horror en que vuela este blanco fantasma sobre todas las imaginaciones? No creáis que fue Coleridge quien le confirió tal encanto, sino Dios, ese poeta ignorado que imprimió su naturaleza al mundo.

El relato más célebre en nuestros anales del Oeste y de las tradiciones indias, es quizá el del caballo blanco de las praderas, un magnífico corcel de color lechoso, con grandes ojos, cabeza pequeña, pecho robusto y tan soberbio como mil monarcas con su porte altivo y desdénso. Las numerosas hordas de caballos salvajes cuyos pastos sólo tenían por límite en aquellos tiempos las montañas Rocosas y los Alleghany, lo reconocían como su jefe. Galopando a su frente, llevaba a la bravía tropa hacia el oeste, lo mismo que la estrella elegida, que cada noche se encarga de dirigir a los ejércitos de las luces. La cascada chispeante de sus crines y el cometa curvo de su cola le conferían un enjaezamiento más deslumbrante que el que hubieran podido proporcionar todos los orfebres del mundo. Era como una aparición imperial y celeste en un mundo tradicional que, a los ojos de los viejos cazadores, hacía revivir las glorias de los tiempos primitivos, cuando Adán avanzaba majestuoso como un dios, orgullosamente tendido como un arco y tan intrépido como el poderoso corcel, que galopaba entre sus ayudantes de campo y mariscales a la cabeza de

las innumerables cohortes que se desplazaban interminablemente a través de las llanuras, como se desliza mansamente el Ohio por entre sus riberas. Cuando el corcel blanco pasaba revista a sus súbditos, que pacían hasta perderse de vista en las llanuras, su cálido hocico se coloreaba en su lechosa blancura con un suave tono rosáceo. Fuese cual fuese el aspecto en el que se presentara, su presencia siempre era objeto de un temeroso respeto por parte de los Indios, aún de los más valientes. Y, si juzgamos por los anales legendarios de este noble caballo, lo que en realidad empujaba a su adoración y lo que comunicaba un cierto y extraño temor era su color blanco.

No obstante, existen otros casos en los que la blancura pierde ese extraño poder con el que tanto se glorifica al albatros y al caballo blanco.

Por ejemplo, el color blanco resulta particularmente chocante en todo lo que se refiere al hombre albino, que llega a ser detestado incluso por sus parientes más próximos. Y, sin embargo, el albino está tan bien constituido como los demás hombres, si bien sólo el hecho de ver tanta blancura acumulada en su persona le hace tan raramente repugnante como el más horroroso de los abortos. ¿Por qué?

Evidentemente, la naturaleza no desprecia la menor ocasión para utilizar la blancura como un elemento de horror. A causa de su níveo aspecto, los mares del sur han sido llamados "ráfagas blancas". Por lo demás y en ciertas circunstancias históricas, la malignidad humana tampoco ha dejado de utilizar la blancura. Piénsese, si no, en el salvajismo con que Froissart refuerza aquel pasaje en donde se relata el momento en que los terribles "capuchinos blancos" de Gante dieron muerte a su antiguo magistrado en la plaza del Mercado.

La experiencia común y hereditaria de todos los hombres constituye una garantía de lo sobrenatural que entraña el dolor que inspira la muerte, haciéndose difícil dudar de que lo que más asusta en el aspecto de los difuntos es la palidez de mármol que los cubre, como si fuera el símbolo de la consternación ante la otra vida, como si resultara ser el índice del frenesí mortal de aquí abajo. A este color de los muertos todavía le pedimos prestada la coloración para la sábana en que les envolvemos. Y en nuestras supersticiones jamás nos olvidamos de colocar un manto del color de la nieve sobre los hombros de los fantasmas, además de que todas las apariciones se yerguen sobre una bruma lechosa, como colofón, todavía habría que reparar en que, mientras todos estos terrores se apoderan de nosotros, el Evangelista nos muestra al rey del fin del mundo cabalgando sobre un caballo blanco.



Herman Melville 1819-1891
Maestro y novelista norteamericano

